

pies se niegan á mi desco. Aquí me quedaré hasta que llegue el día. ¡Que los cielos guarden á Lisandro si ha de haber un duelo! *(Se acuesta.)*

PUCK.—Gentil enamorado, duerme profundamente en el suelo, mientras aplico á tus ojos este remedio. *(Vierte el jugo en los ojos de Lisandro.)* Cuando despiertes te deleitarás en la vista de la que primero amaste, y quedará justificado el refrán que dice «que cada cual debe tomar lo suyo», y nada saldrá al revés. El amante recobrará su pareja, y todo quedará en paz.

(Sale Puck. Demetrio, Elena, etc., duermen.)



ACTO IV

ESCENA PRIMERA

La misma decoración

Entran TITANIA y BOTTOM, y hadas que les sirven. Tras de ellos OBERON sin ser visto.

TITANIA

ECHIZO mío, ven, siéntate jillas, y pongo rosas ricio tus adorables mechos, mientras yo acasobre este florido lejas, gentil deleite mío. largas y hermosas oreve cabeza y beso tus perfumadas en tu sua-

BOTTOM.—¿Dónde está Flor-de-guisante?

FLOR-DE-GUISANTE.—Presente.

BOTTOM.—Ráscame la cabeza, Flor-de-guisante. ¿Dónde está el señor Telaraña?

TELARANA.—Presente.

BOTTOM.—Señor Telaraña, mi buen sañor: tomad vuestras armas, y matad una abeja rosada en la cima de un espino: y traedme el saco de miel. Cui-



dad de no fatigaros mucho y sobre todo que no se rompa la bolsa. Sentiría, señor, veros bañado del viscoso líquido. ¿Dónde está el señor Grano-de-mostaza?

GRANO-DE-MOSTAZA.—Presente.

BOTTOM.—Venga esa mano, señor Grano-de-mostaza. Dejad, os ruego, toda cortesía.

GRANO-DE-MOSTAZA.—¿Qué deseáis?

BOTTOM.—Nada, buen señor, sino que ayudéis al caballero Telaraña á rascar. Necesito al barbero, señor, porque pienso que tengo la cara asombrosamente velluda, y soy un asno de tan delicada condición, que si un solo pelo me hace cosquillas, por necesidad tengo que rascarme.

TITANIA.—¿Querrías oír un poco de música, dulce amor mío?

BOTTOM.—No tengo muy mal oído para la música. Venga el triángulo y el martillo.

TITANIA.—O dime, alma mía, lo que quisieras comer.

BOTTOM.—En verdad, un celemín de heno y cebada. Comería á dos carrillos de vuestra avena seca. Paréceme que me apetece mucho una ración de heno: no hay nada comparable al buen heno, al heno fresco.

TITANIA.—Tengo una hada muy audaz, que ira á la madriguera de las ardillas, y te traerá las nueces frescas.

BOTTOM.—Preferiría un puñado ó dos de habas secas. Pero os ruego que ninguno de vuestro séquito me moleste; porque principio á tener un poco de sueño.

TITANIA.—Duerme y yo te estrecharé en mis brazos. Hadas, salid y alejaos en todas direcciones. Así la enredadera, la madre selva, la dulce yedra se enlazan al áspero tronco del olmo. ¡Oh! ¡Cuánto te amo y cómo me deleito en ti!

(*Duermen.*)

(Oberón se adelanta. Entra Puck.)

OBERÓN.—Bienvenido, buen Robin. ¿Ves este lin-



TITANIA. *Duerme y yo te estrecharé en mis brazos...*

do cuadro? Ya empiezo á compadecer su loco amor; porque no há mucho habiéndola encontrado tras del bosque, buscando golosinas para este odioso imbecil, la reconvine y tuve con ella un altercado; porque había rodeado con frescas y fragantes flores sus peludas sienes; y ese mismo rocío, que en el cáliz de los botones parecía redondearse en perlas de Oriente, se mostraba ahora como lágrimas con que las florecillas lloraban su afrenta. Cuando la hube reprendido á mi gusto y ella con humilde acento imploró mi paciencia, le pedí que me cediera el niño huérfano, lo cual hizo inmediatamente y lo envió con una de sus hadas para que lo condujera á mi mansión. Ahora que tengo al muchacho, corregiré el odioso error de sus ojos. Quitá tú de la cabeza de este estúpido ateniense el disfraz que le transforma; de manera que cuando despierte junto con los demás, puedan regresar todos á Atenas, pensando que el accidente de esta noche no ha sido más que una cruel pesadilla. Pero antes, liberraré á mi amada reina. (*Tocando con una yerba los ojos de Titania.*) Sé lo que debes ser, y ve como debes mirar. El capullo de Diana tiene este feliz poder sobre la flor de Cupido. Y ahora, Titania mía, despierta; despierta, mi dulce reina.

TITANIA.—¡Oberón mío! ¡Qué visiones he tenido en mi sueño! Pienso que estaba enamorada de un asno!

OBERÓN.—Allí yace tu amor.

TITANIA.—¿Cómo ha podido suceder esto? ¡Oh! ¡Y cómo mis ojos detestan ahora su figura!

OBERÓN.—¡Silencio, por un momento! Robin, quítale esa cabeza postiza. Titania, haz oír un poco de música, y que los sentidos de estos cinco se sumerjan en un sueño más profundo que de ordinario.

TITANIA.—¡Música! Música que acaricie el sueño!

PUCK.—Cuando despiertes, vuelve á ver con tus propios ojos de necio.

OBERÓN.—Suene la música (*Se oye música suave.*) Ven, reina mía, toma mi mano, y hagamos retemblar la tierra en que duermen éstos. Ya estamos tú y yo reconciliados de nuevo, y mañana á media noche bailaremos solemnemente en la casa del duque Teseo y con nuestras bendiciones se llenará de felices hijos. Allí serán desposadas las dos parejas de amantes, al mismo tiempo que Teseo, con general regocijo.

PUCK.—Rey de las hadas, advierte que ya despunta la mañana.

OBERÓN.—Pues entonces, reina mía, vamos en pos de la sombra; que nosotros podemos recorrer el mundo más rápidamente que la peregrina luna.

TITANIA.—Ven, señor mío, y en nuestra excursión me diréis cómo ha sucedido que yo me haya encontrado aquí dormida en el suelo con estos mortales.

(Salen, se oyen cuernos de caza.—Entran Teseo, Hipólita, Egeo y séquito).

TESEO.—Vaya uno de vosotros en busca del guardabosque, porque ya ha terminado la ceremonia; y pues ya amanece, mi adorada debe oír la música de los lebreles. Soltad la trahilla en el valle del Oeste. Daos prisa, y buscad, como he dicho, al guardabosque. Iremos, hermosa reina mía, á la cumbre de la montaña, y nos recrearemos con el musical estruendo de los ladridos de los lebreles y de los ecos lejanos.

HIPÓLITA.—Estuve una vez con Hércules y Cadino en un bosque de Creta, donde cazaban osos con perros, y nunca he oído más alegre bullicio; porque además de los bosquecillos, el firmamento y las fuentes, cada región vecina parecía unirse á las otras en un grito musical. Nunca he oído tan armoniosa discórdancia, tan halagüeño estrépito.

TESEO.—Mis sabuesos son de la raza espartana, hocicones y míopes, y de sus cabezas penden orejas que barren el rocío de la mañana; tienen las

patas torcidas como toros de Tesalia. Son lentos en la persecución, pero de acordadas voces. Jamás se excitó con el cuerno un grito más alegre en Creta, en Esparta ó en Tesalia; y ya lo juzgaréis por vos misma. Pero ¿qué ninfas son esas?

EGEO.—Señor. Esta es mi hija aquí dormida; y éste Lisandro; este otro es Demetrio; ésta, Elena, la Elena del viejo Nedar. Me asombra encontrarlos todos juntos.

TESEO.—Sin duda se levantaron de madrugada á observar el rito de Mayo; y oyendo nuestro intento, han venido atraídos por la solemnidad. Pero, dí, Egeo; ¿no es hoy el día en que Hermia debía decidir sobre su elección?

EGEO.—Sí, mi señor.

TESEO.—Di á los monteros que los despierten con sus cuernos.

(Suenan los cuernos y exclamaciones dentro).

TESEO.—Buenos días, amigos. Ha pasado ya la Santa-Valentina. ¿Principian á juntarse ahora estos pájaros del bosque?

LISANDRO (*arrodillándose*).—Perdonadme, señor.

TESEO.—Te ruego que te levantes. Conozco que sois dos rivales enemigos. ¿Cómo sucede en este mundo tan extraña concordia y el odio se ha vuelto tan poco receloso que pueda dormir sin temor á la venganza?

LISANDRO.—Señor, responderé confuso, medio dormido y medio despierto; sin embargo, puedo jurar que no me es posible decir cómo vine aquí. Páreceme (pues quiero decir la verdad—y ahora pienso que es así) que vine aquí con Hermia. Nuestro propósito era partir de Atenas adonde pudiésemos vivir sin el peligro de su ley.

EGEO.—Basta, basta, mi señor. Pido que caiga sobre su cabeza todo su rigor. Se habrían fugado, Demetrio, y así se habrían burlado de nosotros; de vos en vuestra esposa, de mí en mi consentimiento de que ella lo sea vuestra.

DEMETRIO.—Señor, la hermosa Elena me avisó de la fuga de ellos á este bosque, y yo enfurecido los seguí, y Elena tuvo el capricho de seguirme también. No sé, señor, en verdad, por qué poder (es indudable que me dió en ello algún poder) mi amor por Hermia se fundió como un copo de nieve, y me parece ahora como el recuerdo de un capricho ocioso acariciado en mi niñez; mientras que toda la fe, toda la virtud de mi corazón, el objeto y encanto de mis ojos es sólo Elena. A ella, señor, estaba prometido antes de haber visto á Hermia; y así como en una enfermedad, llegué á aborrecer este alimento; pero ahora, como quien recobra la salud, vuelvo á mi gusto natural; y la deseo, la amo, la espero con impaciencia, y le seré para siempre fiel.

TESEO.—La buena suerte os ha reunido, hermosos amantes. Ya oiremos después algo más sobre esto. Egeo, quiero colmar con creces vuestros deseos; porque, en breve, estas parejas serán unidas eternamente en el templo lo propio que nosotros. Y por estar ya algo avanzada la mañana, dejaremos nuestro proyecto de caza. Volvamos, pues, á Atenas. Tres parejas seremos para dar á la fiesta gran solemnidad. Venid, Hipólita.

(Salen Teseo, Egeo, Hipólita y séquito).

DEMETRIO.—Las cosas que nos han pasado parecen ya pequeñas y confusas, como lejanas montañas que se convierten en nubes.

HERMIA.—Diríase que veo estas cosas con ojos desviados como cuando todos los objetos parecen dobles.

ELENA.—Lo propio me sucede á mí: he encontrado á Demetrio como una joya que fuera mía y no lo fuera.

DEMETRIO.—Pienso que todavía dormimos... que soñamos. ¿Creéis que el duque estuvo aquí y nos invitó á que lo siguiéramos?

HERMIA.—Sí, y también mi padre.

ELENA.—E Hipólita.

LISANDRO.—Y nos rogó le siguiéramos al templo.
DEMETRIO.—Pues entonces estamos despiertos. Si-gámoslo, y en el camino narraremos nuestros sue-ños.

(Salen.—Despierta Bottom).

BOTTOM.—Cuando llegue mi turno, despertadme y yo responderé. Lo que sigue es: «Hermosísimo Pí-ramo.» Ea! Oh! Pedro Quincio! Flauto, el estaña-



dor! Snout, el calderero! Starveling! ¡Dios de mi vida! Se han escurrido de aquí y me han dejado dormido! Qué visión más extraña la mía! He tenido un sueño que ni el hombre más hábil podría narrarlo. Si lo intentara sería un asno! Me pareció que yo era, me pareció que tenía... pero un hombre sería un imbécil incurable si pudiera decir lo que me pareció que tenía. El ojo humano no ha oído nunca, ni su oído ha visto, ni su mano ha gustado, ó su lengua concebido y su corazón repetido, lo que era mi sueño. He de hacer que Pedro Quincio escriba una balada sobre él y se titulará *El sueño*

de *Bottom*, porque no tendrá asiento (1). Yo la cantaré en la última parte de la representación delante del duque; y para que caiga más en gracia, he de entonarla al final de la pieza, con la muerte de Tisbe. (Sale.)

ESCENA II

Entran QUINCIO, FLAUTO, SNOWT y STARVELING.

QUINCIO.—¿Habéis enviado á casa de *Bottom*? ¿No ha vuelto aún?

STARVELING.—Nada se sabe de él. Sin duda se lo llevaron los espíritus.

FLAUTO.—Si no viene, adios comedia... nada podemos hacer. ¿Verdad?

QUINCIO.—Imposible. No hay en toda Atenas hombre capaz de representar á *Píramo* como él.

FLAUTO.—No. Indudablemente no hay en Atenas artesano de tanto talento.

QUINCIO.—Ni hombre más cumplido, por cierto: fuera de que es una malvilla para esto de tener una voz dulce.

FLAUTO.—Maravilla, no malvilla, habéis de decir. Una malvilla es una cosa cualquiera, que no vale nada. (Entra *Snug*.)

SNUG.—Maestros, el duque está de vuelta del templo y hay además dos ó tres parejas de caballeros y señoras que se han casado también. Si nuestra representación pudiera seguir adelante, nuestra fortuna estaba hecha.

FLAUTO.—¡Oh dulce y bravo *Bottom*! Ha perdido así seis peniques diarios por toda su vida! Imposible que fuera menos; que me ahorquen si el duque no le hubiera dado los seis peniques diarios por

(1) *Bottom*, significa «asiento»; de aquí, un juego de palabras intraducible.

haber representado á *Píramo*. Que me cuelguen si no los merece: seis peniques diarios por *Píramo*, ó nada. (Entra *Bottom*.)

BOTTOM.—¿Dónde están esos muchachos? ¿Dónde están esos corazones?

QUINCIO.—¡*Bottom*! ¡Oh magnífico día! ¡Oh felicísima hora!

BOTTOM.—Maestros, he de contaros mil prodigios, pero no me preguntéis qué; si os los digo, llamadme mal ateniense. Os diré punto por punto lo que ocurrió.

QUINCIO.—Contadlo, amable *Bottom*.

BOTTOM.—De mí no sacaréis una palabra. Todo lo que puedo deciros es que el duque ha comido... disponed vuestros disfraces: poned buenos hilos á vuestras barbas, nuevas cintas á los zapatos, y reuníos en seguida en el palacio. Que cada cual recuerde su papel; pues, en sustancia, lo que hay es que se prefiere á todo nuestra representación. En todo caso, que *Tisbe* se ponga ropa limpia; y que no se recorte las uñas el que debe representar al león, porque es necesario que sobresalgan para representar las garras. Y, no comáis ajos por Dios, porque es menester que nos huela bien el aliento, con todo lo cual, seguramente exclamarán todos: ¡qué preciosa comedia! Basta de charla. Idos, idos!

(Salen.)

